

EL LOMBARDISMO Y EL MOVIMIENTO OBRERO EN LA DÉCADA DE LOS TREINTA

José Luis Tejeda González

Después de la etapa militar más intensa de la Revolución Mexicana (1910-1920), se inició tímidamente el momento constructivo que en lo sucesivo fue impuesto al país desde los círculos gobernantes. Este momento apareció cuando no se apaciguaban aún los ánimos revolucionarios y en el país se mantenían fuertes cacicazgos y caudillismos político-militares de carácter regional y local. En tanto, la movilización campesina independiente que permeaba y signaba el contenido político de la época se mantenía en vastas zonas del país (el sureste, Veracruz y Morelos); por ello, la fase constructiva no terminó de imponerse, ya que el proceso de ruptura y cambio no culminó mientras los preceptos constitucionales no fueran materializados (en su contenido social) por la élite gobernante.

*Las fotos que ilustran este artículo fueron proporcionadas por el Centro de Estudios Lombardo Toledano



Lombardo Toledano y la generación de 1915

A pesar de que la década de los veinte fue un periodo de transición —en el que sucedió lo que Gramsci decía con respecto a que las crisis expresan el declive de lo caduco y la incapacidad de lo nuevo para terminar por imponerse—, ya se percibía el surgimiento de una nueva generación que terminaría por conducir los destinos del país, y que sería el principal sostén de la etapa cardenista en la década de los treinta. Tal generación, denominada indistintamente la de 1915, o epirrevolucionaria, o cardenista a secas,¹ se distinguió de la propiamente “revolucionaria” al enfatizar el aspecto constructivo y creador de la Revolución, por lo que no es casual que haya tenido un mayor grado de “urbanización”, escolaridad, y que se nutriera centralmente de los grupos medios de la población. Esta nueva minoría rectora vivió la convulsión revolucionaria como un elemento externo que la afectó profundamente y a la cual se sumó como elemento subordinado, o se mantuvo a la expectativa, según el caso y sin descalificar el proceso revolucionario, pues entendió que éste tendería a llegar a una etapa de realizaciones para la cual se forjó su temperamento y su actitud; constructores, organizadores, pensadores y creadores se aglutinaron en todo este

profundo movimiento de las élites del país, el cual hacía coincidir a las fuerzas que lo integraban en la búsqueda de una salida al estado de conflicto en que se encontraba el país y encauzarlo o anularlo en los marcos de un proceso constructivo.

Dentro de la generación de 1915 habría de corresponder un papel muy particular a su franja más estrictamente intelectual, que además fue la que le dio el nombre de 1915 a la generación toda.² Los llamados “siete sabios”

¹ Luis González, *Los arbores del Caudinismo. Historia de la Revolución Mexicana*, número 14, El Colegio de México, p. 143.

² Enrique Krauze, *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana*, SEP-Cultura, p. 73.

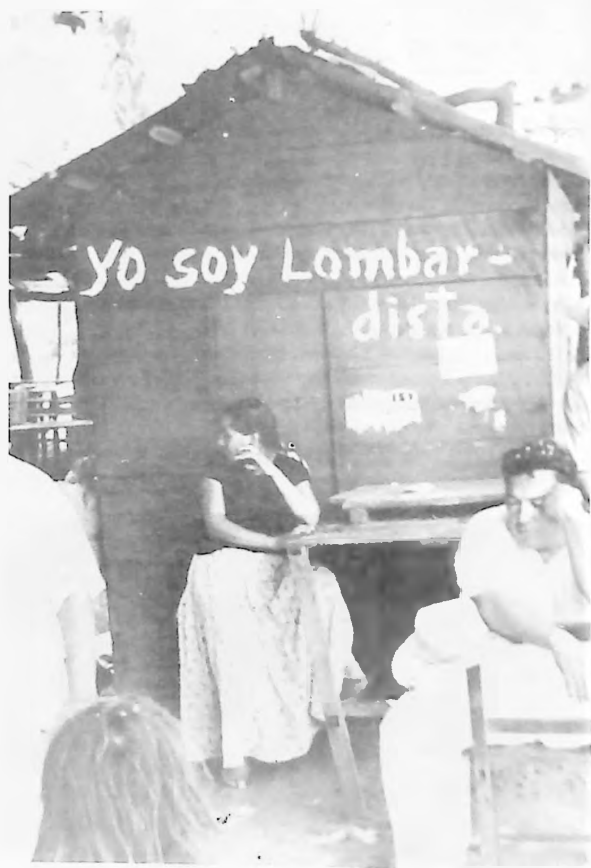
(eje central de los intelectuales de la generación), entre quienes resaltaron Vicente Lombardo Toledano y Manuel Gómez Morín (los cuales representaban las antípodas del abanico ideológico en los treinta), se caracterizaron por su condición de intelectuales que asumieron la fase de edificación que vivía el país al amparo del Estado posrevolucionario, al cual vieron como sujeto rector de los cambios y las acciones que estos pensadores consideraban pertinente desarrollar, lo cual implicó el hacer de ellos unos intelectuales de Estado, que no mantuvieron una autonomía o un distanciamiento crítico respecto del régimen y éste los hizo dependientes de sus vaivenes y su providencia; y a pesar de que las contingencias políticas los llevaron a alejarse eventualmente de algún gobernante en turno, jamás modificaron su noción estatista de la sociedad mexicana. Su condición de intelectuales los limitó en cuanto a que desempeñaron un papel de consejeros, asesores e ideólogos de Estado, pero a diferencia de los políticos natos, carecieron de una base social propia, lo que los hizo menos inmunes a los vaivenes y vericuetos

de la política oficial. Es sintomática en este sentido la similitud de circunstancias en que Lombardo Toledano y Gómez Morín destacaron en los círculos oficiales entre la década de los veinte y de los treinta. En ambos casos se percibe el apoyo que recibieron de sectores del Estado posrevolucionario en tanto sirvieron al régimen con sus conocimientos o como legitimadores del mismo; y a la larga, ante los reacomodos en la élite dirigente y la pérdida de su respectiva influencia, emprendieron la búsqueda de una fuerza propia mediante la edificación de partidos políticos más acordes con sus orientaciones (el Partido Popular y el PAN); incluso en los términos de su formación, el PAN y el PP, a pesar de que asumieron un cierto distanciamiento crítico con respecto al gobierno mexicano (más agudo en el caso del PAN, y menos perceptible en la concepción lombardista), no dejaron de formar parte del entrenamiento estatal sobre el que se erigió el sistema político mexicano moderno, pues fueron los principales partidos políticos que convalidaron la existencia de un régimen de partido de Estado que se mantiene hasta la fecha.

Lombardo Toledano desarrolló en la década de los veinte una variada y múltiple actividad como funcionario público, que abarca desde la función de oficial mayor del Distrito (1921), director de bibliotecas de la SEP, director de la Escuela Nacional Preparatoria, regidor del Ayuntamiento de México, hasta gobernador interino del estado de Puebla. En diciembre de 1923, con la llegada de Calles al poder, su panorama político se volvió más favorable pues logró ser diputado federal (1924). Lombardo mantuvo

entonces una actividad política que coexistió con el trabajo magisterial que desarrolló en la Universidad Nacional. Sus primeras experiencias políticas, desarrolladas en el medio universitario y en su entidad natal no dejaron de ser limitadas para la actitud de un miembro prominente de la generación de 1915. Contra lo que se cree, es evidente que si bien Lombardo Toledano ya tenía una experiencia previa y se abrió camino en los terrenos de la política oficial desde la década de los veinte, su vida y su actividad política quedaron marcadas por el encuentro que tuvo con la clase obrera mexicana.

La relación que Lombardo guardó con el movimiento obrero se inició con la actividad sindical que desarrolló como maestro. Durante





ese periodo tomó parte en la fundación del Sindicato de Profesores del D.F., en 1920. Por otro lado la CROM, que en 1919 formó el Partido Laborista Mexicano, buscó a través de Gasca —exgobernador del Distrito Federal, al cual conoció Lombardo en sus años de oficial mayor del Distrito— incorporar a Lombardo en sus filas. En dicha organización³ fue presidente del Comité de Educación y, a partir de junio de 1926, vicepresidente del Banco Cooperativo Agrícola que dependía de la misma central. Lombardo Toledano, a pesar de no tener una posición destacada dentro de la CROM en los años veinte, servía como justificante ideológico en el entramado político sindical dominante del periodo. Una prueba fehaciente de la visión legitimadora que mueve a Lombardo es su trabajo elaborado entre 1926-1927, *La libertad sindical en México*, en el que asumió una postura favorable al Estado mexicano en materia laboral, donde dejó ver sus cualidades de ideólogo de la organización sindical, aunque su condición subordinada en la dirección cromista es incuestionable. Por las mismas fechas (1926), logró integrar el primer sindicato donde se sintió su influencia hegemónica, la Federación Nacional de Maestros, gremio al que se circunscribió la injerencia directa de Lombardo.

La decadencia de la vieja élite política gobernante empezó a manifestarse con su creciente conservadurismo en la etapa del Maximato. La burocracia sindical organizada

en torno a la CROM resintió los conflictos que vivió con el poder central, a lo que se aunó el proceso de deterioro y desprestigio al que llegaron los líderes cromianos, y que se agudizó con el asesinato de Obregón (en algunos medios se les responsabilizó del crimen). En la medida en que el país viró cada día más hacia la derecha, la CROM entró en un proceso de descomposición que alentó la promoción de un nuevo tipo de liderazgo, del cual fue representativo Lombardo Toledano, quien encarnó una postura incorruptible, más civilizada, y asentada sobre un consenso, sobre los trabajadores, lo que lo llevó a convertirse en el dirigente principal del movimiento obrero que surgió en los primeros años de la década de los treinta.

El auge obrero en el cardenismo

El deterioro de la maquinaria cromista alentó las deserciones y la dispersión sindical, lo cual trajo como consecuencia la distensión de los instrumentos de control del Estado mexicano hacia los trabajadores asalariados. Si bien es claro que la debacle cromiana se debió, aparte de sus conflictos con el grupo gobernante, a su pérdida de representatividad y a su creciente aislamiento de la problemática de los obreros, no fue mínimo el efecto que a su vez ejercieron tales hechos para precipitar la descomposición del aparato sindical y de las formas de dominación que habían impuesto Morones y su grupo. Con el estallido de la crisis en la cúpula (1928), las tensiones que se habían venido procesando en las bases se manifestaron. El ascenso de Lombardo como líder de masas se encontró con el declive de la vieja dirección cromiana: ante la reelección de Obregón fue Lombardo el responsable de elaborar el documento que se le presentó, y fue designado para defenderlo en la Cámara de Diputados y tomar la palabra en el acto que se realizó en la Ciudad de México. La muerte de Obregón precipitó los acontecimientos, de tal manera que la CROM no participó en la conformación del PNR ante la actitud de Calles de buscar un mayor distanciamiento con respecto a los líderes cromianos desprestigiados. En 1929 el moronismo recibió su principal sangría significativa al salirse de su seno 37 sindicatos que formaron la Federación Sindical de Trabajadores del Distrito Federal, valiéndose de las contradicciones entre los dirigentes cromianos y el presidente Portes Gil. La Federación fue encabezada por Fidel Velázquez (el grupo de “los cinco lobitos”) y tuvo la habilidad de apoderarse de las juntas de Conciliación y Arbitraje, con lo que incrementó su influencia al tener un poderoso instrumento de control y conciliación en las cuestiones laborales.⁴ Hacia 1932 el PNR, que contaba con una endeble base obrera, buscó generar una opción orgánica vinculada más estrechamente al Estado, por lo cual precipitó la salida de otro

³ Alicia Hernández Chávez, *La mecánica cardenista. Historia de la Revolución Mexicana*, número 16, El Colegio de México, p. 11.

⁴ *Ibidem*, p. 164.

grupo cromista encabezado por Alfredo Pérez Medina, quien había sido el principal líder cromista en el D.F. y se llevó en la escisión a la Federación de Sindicatos Obreros del D.F. para formar la Cámara de Trabajo.

En la medida en que se desmoronaba la CROM surgían nuevas alternativas organizativas y otro tipo de liderazgos que se iban abriendo camino por la situación de recomposición sindical que el país experimentaba. Los ferrocarrileros, que después de la huelga de 1926 habían iniciado un proceso de unificación sindical, lograron culminarlo al conformar en enero de 1933 el Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana.⁵ Fueron los pioneros en la construcción de alternativas superiores de organización, al dar lugar al primer sindicato de industria en la historia del país, ya que anteriormente proliferaron los sindicatos de empresa, gremiales o de oficio, por lo que la gestación de los sindicatos nacionales de industria se tradujo en una mayor capacidad de organización de los obreros con su correspondiente incremento en la fuerza social,

pues no sólo fueron importantes por el número de trabajadores que aglutinaron, sino porque además lo hicieron en áreas estratégicas y prioritarias de la vida nacional. El camino inaugurado por los ferrocarrileros fue seguido tendencialmente por los mineros y metalúrgicos que en enero de 1934 formaron el Sindicato Industrial Minero-Metalúrgico de la República Mexicana, y por



los petroleros que a principios de 1936 lograron conformar el Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana. También se dio un intento frustrado de unificación electricista con la formación de la Confederación Nacional de Electricistas y Similares, que, ante la salida del SME (Sindicato Mexicano de Electricistas), se desintegró. Todo este gran reacomodo de la clase obrera se dio desde posturas independientes del Estado, incluso con una cierta influencia de los comunistas mexicanos; y el surgimiento de estas fuertes organizaciones sindicales puede ubicarse a la izquierda del PNR, la CROM y las élites políticas del país.

Los cambios orgánicos no operaron en el vacío; se dieron en el marco de la crisis económica que México resintió por los efectos de la crisis económica mundial de 1929. Para 1932 las manifestaciones más agudas de tal crisis se dejaron sentir, recrudesciendo las condiciones

para que la lucha obrera desarrollara otras experiencias y formas de organización; esto hizo que las organizaciones sindicales emergentes se convirtieran en los representantes legítimos de la clase mediante jornadas huelguísticas. A partir del año de la sucesión presidencial (1934), la campaña de Cárdenas a la presidencia se dio en un contexto de creciente participación sindical y campesina que hizo virar al país hacia la izquierda. En tanto que de 1929 a 1933 se dieron en el país un total de 109 huelgas a nivel nacional, en el año de la sucesión se duplicó casi la cifra de huelgas realizadas (202 huelgas) en los cinco años previos,⁶ lo que da una idea de hasta qué punto el movimiento obrero ascendente influyó

en el contenido de la campaña y de la política presidencial de Lázaro Cárdenas.

El momento de reorganización sindical que los trabajadores vivieron para resistir la crisis económica y salirle al paso a la desarticulación sindical terminó por afectar mortalmente a la CROM; el golpe de gracia lo dio Lombardo Toledano, quien se convirtió en el centro dirigente de la movilización obrera que rodeó al cardenismo.

A pesar de las deserciones de que había sido víctima la CROM, ésta se había logrado mantener como la principal agrupación obrera nacional. Las críticas de Lombardo a la burocracia cromiana se iniciaron paradójicamente cuando éste cuestionó la acción múltiple que propugnaba la CROM y que implicaba la participación política de las organizaciones obreras en su condición de subordinada al Estado mexicano, por lo que planteó la disolución del Partido Laborista⁷ como brazo político de la organización sindical. En realidad lo que Lombardo señaló fue que el sindicalismo se había corrompido por el uso que le

⁵ Samuel León e Ignacio Marván, *En el cardenismo. La clase obrera en la historia de México*, Siglo XXI, p. 39.

⁶ Jorge Basurto, *Cárdenas y el poder sindical*, ERA, p. 42.
⁷ Samuel León, *op. cit.*, p. 39.

habían dado los políticos mexicanos, lo que implicaba que debía depurarse de prácticas y hábitos malsanos para servir a la clase obrera sin menoscabo de una posible alianza con el Estado posrevolucionario, como los hechos subsiguientes lo demostrarían. Esto último fue precisamente el centro de la visión de los cambios del país para el lombardismo. El deslinde que Lombardo Toledano realizó con Morones y su grupo se expresó en su discurso pronunciado el 23 de julio de 1932 ("El camino está a la izquierda"), en el cual señaló las limitaciones e inconsecuencias del gobierno al no llevar a buen término el programa de la Revolución Mexicana. La respuesta de Morones no se hizo esperar, y descalificó al intelectual cromista, hecho que motivó la renuncia de Lombardo como integrante y Secretario de Educación de la CROM. Sin embargo, en la X Convención realizada días después, el lombardismo fue predominante en la CROM,⁸ de tal forma que desde el 1º de mayo de 1931 se inició una campaña de proselitismo encabezada por la Federación de Sindicatos del Distrito Federal y por el mismo Lombardo. Para marzo de 1933 la vieja CROM estaba desmantelada y Lombardo, que se hizo proclamar Secretario General en una convención extraordinaria, dio lugar con ello a lo que se ha conocido como la CROM "depurada".

La manera en que Lombardo llegó a ganar una franja considerable y quizá mayoritaria de la CROM se explica, aparte de sus cualidades personales, por el gran desprestigio en que se encontraba el núcleo moronista. La legitimidad que logró Lombardo al salirse con un fuerte contingente de trabajadores del D.F., Veracruz, Puebla, etcétera, de la organización cromiana, le permitió ponerse al frente de la construcción de una nueva central obrera, la CGOCM (Confederación General de Obros y Campesinos de México), que se conformó en octubre de 1933, e incorporó a la organización sindical liderada por Fidel Velázquez; en ese entonces se inició la relación entre Lombardo y "los cinco lobitos" que perduró en todo el periodo cardenista. Con una autoridad moral y política que lo ubicaba como un dirigente independiente, su capacidad de convocatoria fue en ascenso, en tanto la re-

agrupación sindical operaba en las organizaciones obreras, y se calentaban motores para la efervescencia sindical que el país vio con el cardenismo.

Un elemento importante en este proceso de fortalecimiento del lombardismo fue la orientación que él imprimió a la CGOCM, al perfilarla como una organización sindical que reivindicaba la abstención política como una antítesis a la experiencia cromiana, lo cual le daba visos de mayor autonomía al proyecto lombardista de fines del maximato y parecía acercarlo a la vieja tradición anarcosindicalista que propugnaba la negación de la lucha electoral y política. Sin embargo, la diferencia entre el lombardismo y el anarcosindicalismo fue clara en cuanto que el primero no era antiestatista en principio, sino que su actitud ante los gobernantes quedaría determinada por el tipo de política que éstos desarrollaran, y así lo plantearía el lombardismo maduro. Sin duda, ante el creciente conservadurismo en que se debatía el círculo dirigente del país, la postura de distanciamiento de Lombardo le ayudó a obtener el consenso de una clase obrera que se aprestaba a regresar al escenario político como una fuerza social independiente, por lo que la gestación de la CGOCM no varió su postura inicial con respecto a la abstención política.

Lombardismo y cardenismo

Una interpretación prejuiciada o mórbida en exceso de la historia podría plantear que Lombardo estaba actuando tácticamente con el objetivo de ganarse al movimiento obrero, que ya en 1934 estaba en ascenso, e incorporarlo posteriormente al proyecto cardenista. Pero aparte de que



⁸ *Ibidem*, pp. 40-41.



se requería mucha perfidia y astucia a la vez para obrar en este sentido, me inclino a pensar que la misma repercusión que tuvo el auge sindical en las organizaciones obreras (que terminó por crear nuevas y desechar otras), se expresó en los niveles del Estado: encarnó la dominación clasista y no dejó de estar atravesado por la correlación que se dio entre las mismas clases y facciones de clase en el terreno de la lucha política, condensando materialmente la relación de fuerzas.⁸ El Estado mexicano y el mismo Poder Ejecutivo materializaron una relación de fuerzas que era favorable a la clase obrera, como lo señala la crisis política de junio de 1935, de tal modo que el cardenismo, tanto como el lombardismo, con todo y ser manifestaciones ideológicas que encarnaban en personalidades y figuras ligadas o integradas al Estado posevolucionario, estaban impregnadas de la cultura y de los intereses de los grupos subalternos de la población, por lo que el lombardismo tuvo que reinsertarse en un Estado cuya relación con la sociedad él mismo había modificado ante la irrupción de las masas en la política del país.

El punto de encuentro entre el lombardismo y el cardenismo se presentó durante el conflicto entre el callismo y el cardenismo, en junio de 1935. En ese año la movilización obrera alcanzó niveles insospechados, pues en el transcurso del año se realizaron 642 huelgas, contando con la participación récord de 149 212 huelguistas, lo que provocó que

a mediados de año la inquietud en los círculos políticos fuera en aumento ante lo que se podría considerar como una diarquía,¹⁰ donde la fuerza de Lombardo como representante de la clase obrera era comparable a la de Cárdenas como encarnación del Estado mexicano. Calles era el "jefe máximo" de la Revolución, que había ido moderando su discurso y su práctica, por eso salió a la palestra cuestionando el estado de agitación laboral en que se encontraba el país, y criticando la división que se había dado entre los bloques cardenistas y callistas en el grupo gobernante. La respuesta de Cárdenas fue contundente, al parejo de la reacción obrera que conllevó la formación del Comité Nacional de Defensa Proletaria, en donde fue significativa la integración de las organizaciones proletarias fundamentales de la época (en particular los grandes sindicatos de industria) en un solo frente laboral, cuyos grandes sindicatos constituyeron un poderoso muro de contención a la reacción callista y de defensa del gobierno de Cárdenas (fue el SME el que convocó a la formación del frente de trabajadores). En cuestión de días el asunto se resolvió con la salida de Calles del país y el reacomodo del personal político del Estado que unió al cardenismo. Todavía en diciembre del mismo año, Calles regresó acompañado de Morones sólo para reavivar el conflicto que fue finiquitado con el triunfo del cardenismo y con el apoyo determinante que le dieron los trabajadores mexicanos; aquí se terminó de sellar la alianza y la mutua influencia que ejercieron el cardenismo y el movimiento obrero mexicano. En el Zócalo de la Ciudad de México, Cárdenas definió la situación:

Los viejos revolucionarios, ahora metidos en perversa aventura, son hombres que ya han cumplido su misión histórica. Ya el pueblo sabe lo que dieron de sí... son generaciones nuevas, los hombres nuevos los que tienen que venir a desplazarlos de los puestos públicos... para que las masas puedan recibir el beneficio de otras orientaciones producidas por hombres que no están gastados.¹¹

¹⁰ Luis González, *Los días del presidente Cárdenas, Historia de la Revolución Mexicana*, número 15, El Colegio de México, p. 32.

¹¹ *Ibidem*, la cita es tomada de: Nathaniel y Sivia Weyl, *La reconquista de México. Problemas agrícolas e industriales de México*, 1955. En el texto de González se encuentra en la página 57.

⁸ Nicos Poulantzas, *Estado, poder y socialismo*, Siglo XXI, p. 154-155.

El discurso es claro en el deslinde con la generación revolucionaria, pero se aprecia también la idea que se tuvo de lo que los hombres nuevos tendrían que hacer: llevar los beneficios a las masas, los cuales aparecieron en la política cuando la fisura en las élites gobernantes se abrió y profundizó.

En 1935 el papel de Cárdenas fue determinante para desplazar al callismo del poder, pero lo hizo con el apoyo definitivo del sindicalismo, creándose una relación simbiótica entre Cárdenas y el movimiento obrero, y entre Cárdenas y Lombardo, éste como representante del proletariado. A partir de estos hechos el lombardismo modificó su postura ante el sindicalismo y la actitud ante el Estado mexicano.

En cuanto a la subordinación del movimiento obrero al Estado mexicano y a la pérdida de independencia política e ideológica de la clase obrera, Lombardo estableció el marco de sus alianzas y compromisos con vistas a la conformación de la CTM y en el periodo de formación y desarrollo de ésta, donde privilegió su nexo con sus aliados de la CGOCM (los velazquistas) en detrimento de la participación de los grupos sindicales más independientes, como lo eran los comunistas y la dirigencia de los sindicatos nacionales de industria. Esto quedó claro al formarse la CTM en 1936, con la disputa por la Secretaría de Organización que finalmente quedó en manos de Fidel Velázquez con el

aval de Lombardo Toledano, y en la escisión de 1937, cuando salieron de la Confederación los comunistas y los principales sindicatos nacionales de industria y retomaron los primeros, pero en una condición subordinada y humillante, a la CTM. Las repercusiones que para el movimiento obrero tuvieron aquellas orientaciones de Lombardo Toledano, a la distancia, quedan claras. Las paradojas de la historia hicieron que en la etapa más progresista que ha tenido la sociedad posrevolucionaria y en el momento histórico en que la acción obrera más ha influido para definir los rumbos del país, que arranca con la crisis política de junio de 1935 y llega a su cenit con el papel de los trabajadores (y en particular de los petroleros) en la jornada nacionalizadora de 1938, se hayan creado los organismos, los instrumentos y la cultura de dominación sobre los que se asentó el control y la hegemonía de una burocracia sindical de la clase obrera, ante la cual el mismo Morones aparece como un pelele. A la larga el mismo Lombardo que alentó y protegió a "los cinco lobitos", fue derrotado por éstos en la etapa posterior al cardenismo progresivo.

El apoyo de Lombardo Toledano hacia el velazquismo parece residir en la desconfianza con que ve a los comunistas y al movimiento obrero independiente, al cual no puede concebir como posible sin la tutoría y el arbitraje del Estado en el enfrentamiento con los empresarios. Sin embargo, a pesar de la visión estatista que Lombardo presenta, tiene un marco conceptual más amplio sobre el que deposita sus conclusiones, en tanto el velazquismo representa una noción pragmática e incluso oportunista, desprovista de ideologización, que lo haría más ajustable a los cambios de los gobernantes mexicanos en turno, por lo que fueron "los cinco lobitos" los que a la larga llevaron a sus últimas consecuencias el nexo del movimiento obrero con el Estado. Ese movimiento no sería entendido como una alianza con el Estado o con fracciones del mismo (visión lombardista), sino como una clara integración semicorporativa de la clase obrera al Estado, independiente de las orientaciones de éste, lo cual corrobora la idea señalada

con anterioridad de que el lombardismo, a pesar de su estatismo y su falta de independencia, representó a la clase obrera en movimiento y por tanto a sus sectores mayoritarios, en tanto el velazquismo fue la manifestación de la fusión del Estado con una franja burocrática de la clase obrera que sirve como elemento de control y sujeción laboral. No es casual que la trayectoria del velazquismo se haya dado con el control de las instancias reguladoras de los conflictos laborales (las juntas de conciliación en 1929 en el D.F.) y de las instancias burocráticas de la organización sindical (el control de la Secretaría de Organización de la CTM en 1936) con las cuales fue moldeando un estilo propio basado en la manipulación, el control y la mediatización, y el cual fue tornándose sustantivo con el correr de los años, y todo esto con la legitimidad del cardenismo, y en particular del lombardismo, en tanto corriente que hegemonizó el movimiento obrero en los años del presidente Cárdenas.



La formación del PRM. Descenso de la lucha sindical

La clase obrera en la década de los treinta fue una fuerza emergente y estratégicamente importante, sin embargo, su manifestación numérica en los marcos nacionales fue reducida. Los habitantes de las zonas urbanas representaban aproximadamente un tercio de la población nacional y existían seis millones de residentes en poblados de más de 2 500 habitantes,¹² todo lo cual hacía a la mexicana una sociedad predominantemente rural. De esos seis millones, sólo una franja pequeña correspondía a trabajadores industriales; un autor señala que había solamente un millón 100 mil trabajadores en minas, comercio, comunicaciones, transporte y empleados de gobierno en todo el país,¹³ lo que nos da una idea de la proporción numérica que significaba el proletariado. De esto se desprende que si bien por su condición de clase fundamental en la vida económica del país, la postura del proletariado fue importante y participó en la determinación de los rumbos del país, no pudo ejercer una fuerza independiente a no ser en forma marginal (como en cierto sentido se expresó con las movilizaciones huelguistas dirigidas por los magonistas antes del estallido de la Revolución) y tendió a manifestarse a través de interlocutores que surgieron de otros grupos sociales (Lombardo era un abogado de la clase media) o francamente en alianza o al abrigo del Estado (los batallones rojos en contubernio con el carrancismo), donde su limitación estructural fue paliada con el engarzamiento que eventualmente realizó con el Estado mexicano. Este, como resultado de la Revolución, tuvo que insertar en la legislación un conjunto de disposiciones progresistas, y tendió a desarrollar un estilo político acorde con la irrupción de las masas en la política. Esto hizo posible que se dieran en su interior posiciones "obreristas" y populistas, tales como las que hegemonizaron la política nacional con el cardenismo.

¹² Luis González, *Los artifices* ..., p. 34.

¹³ Jorge Basurto, *op. cit.*, en la página 78 cita a Ashby.



En el mismo sentido, el cardenismo como un movimiento pluriclasista y nacionalista que hace del Estado y de la figura presidencial el nervio motor de la movilización social, al articular diferentes intereses clasistas lo hizo partiendo de la debilidad estructural en que se encontraban las clases. Muchos países latinoamericanos que se enfrentaban al desarrollo vivían de una manera compulsiva y precipitada la gestación de condiciones para ingresar en una nueva modernidad económica y social; el estilo "populista" de gobierno implicó que en los países que vivieron esta experiencia, la dinámica estatal contara con el consenso de las masas, e incluso en el caso mexicano, éstas atravesaron e impregnaron la lógica estatal y la presidencial.

El papel de regulador y organizador del país y en particular de árbitro que asumió el Estado ante los conflictos clasistas quedó asentado en la Constitución de 1917 (que hizo del Estado el protector de los derechos de obreros y campesinos), y en la promulgación de la Ley Federal del Trabajo en agosto de 1931, que si bien asentó las conquistas laborales, le asignó al Estado una función de gran legislador en la vida sindical, reforzando su control a través de las cláusulas de exclusión, tanto de ingreso como de separación (artículos 49 y 236), y precisó a los sindicatos que tenían prohibida la participación política.¹⁴ La función de arbitraje del Estado no se realizó sobre una fuerte clase obrera, sino que se asentó sobre su debilidad numérica, lo cual permitió fortalecer posturas que ven al Estado como un elemento necesario para proteger y preservar las conquistas obreras ante la reacción imperialista y capitalista. Lombardo y Cárdenas estuvieron imbuidos en su ideología de esa visión organicista y estatista que subestima al individuo ciudadano (Cárdenas) o que lo niega tajantemente (Lombardo Toledano), esto conlleva a la inexistencia, en ambos (más agudamente en Lombardo), de una visión democrática en su versión occidental. Cárdenas respeta las libertades individuales, pero su forma de gobierno se sustenta en una relación paternal con las masas (lo que responde a la realidad de un país campesino, en donde el individuo sólo existe en pequeños conglomerados urbanos). Lombardo Toledano asentó su base social en

¹⁴ Luis Javier Garrido, *El partido de la Revolución Institucionalizada*, SEP-Cultura, p. 167.

los trabajadores asalariados, los cuales como hemos visto se organizaban hasta cierto punto al margen del Estado y coexistiendo con diferentes corrientes políticas y sindicales. Pero eso se fue perdiendo al insertarse en el Estado como gremio o corporación, que delegó su representatividad en un grupo dirigente que tendió a burocratizarse a medida que se integró al Estado, que viró a la derecha (después del cardenismo se profundiza esto) y se alejó de sus bases obreras, creando una relación autoritaria e institucional que rechazó la democracia en su interior. Este proceso de escamoteo de la vida democrática de los trabajadores en sus sindicatos y en su país se aprecia con claridad en la formación del PRM.

El punto máximo de movilización social y nacional se dio con la expropiación petrolera, después de la cual y hasta el fin del periodo presidencial de Lázaro Cárdenas vino el reflujo de la actividad de las masas y un retraimiento de las medidas progresivas que el cardenismo había estado impulsando. Poco después de la expropiación, el presidente Cárdenas entregó al sindicato ferrocarrilero la administración de los Ferrocarriles Nacionales de México, para que constituyeran la administración obrera; el fracaso de ésta y las limitaciones del cooperativismo obrero,¹⁵ junto con el descenso en la movilización social coadyuvaron para que la línea del régimen virara hacia posturas más tecnocráticas, instrumentales e institucionales. El PRM se convirtió en la principal organización política nacional que experimentó este cambio, y que se encargó a la larga de encarnarlo. La política de masas del cardenismo fue realizada en todo el periodo de auge social a través de las organizaciones que el mismo pueblo fue creando, o las que fomentó el Estado para organizar a sectores populares, en tanto el PNR era considerado por la mayoría de la población como un instituto vetusto y conservador en donde se refugiaban vestigios callistas o donde se incubaba un anticardenismo (Portes Gil) que desentonaba con la fraseología de izquierda que dominaba en la época. El PNR mismo fue sujeto de transformaciones; ya entrado el periodo cardenista, en agosto de 1936, el PNR resintió el aislamiento en que se encontraba ante los embates que la izquierda le



dirigió por considerarlo un organismo conservador, lo cual obligó al presidente Portes Gil a renunciar ante el retiro del apoyo que Cárdenas le había dado para presidir el partido oficial (como medida para moderar el conflicto del cardenismo contra los callistas, atrincherados en el PNR) y lo sustituyó Silvano Barba, más cercano al presidente Cárdenas, quien intentó renovar la imagen deteriorada del PNR publicando en septiembre de 1936 un manifiesto a las clases proletarias del país. En éste se anunciaba la ampliación sustancial de la participación política de obreros y campesinos, para transformar al partido en una organización popular.¹⁶

Sin embargo, a pesar de que el PNR dio visos de querer cambiar su carácter, en beneficio de los sectores populares que él mismo quería incorporar, siguió siendo considerado como el partido de los caciques y los caudillos, como el partido de la élite política. Fue a partir de un impulso, que vino de la dirigencia de los sectores subalternos de la sociedad, que cristalizó el proyecto de transformar el PNR en partido de masas y popular: en ese entonces la izquierda (Lombardo y los comunistas principalmente) propagaban la idea de crear un frente único en México, como respuesta a los requerimientos internacionales (detener el fascismo, la inminencia de la guerra, la defensa de la Unión Soviética, etcétera) el cual debía aglutinar a la mayoría de la población mexicana. En realidad fue Cárdenas quien concibió la idea de plasmar esta aspiración de las corrientes de izquierda: revivir la vieja organización pennerreana, pero a la vez transformarla radicalmente. En diciembre de 1937 el Presidente convocó a los dirigentes cetemistas para comunicales su intención de transformar el PNR, reorganizarlo como un partido de cuatro sectores,¹⁷ lo cual tomó por sorpresa a los recién enterados, quienes terminaron por concebir al partido planeado como la expresión mexicana del frente único (otro tanto hicieron los comunistas). La constitución del Partido de la Revolución Mexicana (PRM) se dio en la III Asamblea Ordinaria del PNR reunida entre 30 de marzo y el 1 de

¹⁵ Arturo Anguiano, *El Estado y la política obrera del cardenismo*, ERA, pp. 86-93.

¹⁶ Luis Javier Garrido, *op.cit.*, p. 272.

¹⁷ *Ibidem*, p. 301.

abril de 1938, justo en el momento en que la participación popular había llegado a su máximo nivel en el país con la nacionalización del petróleo. A partir de entonces el ritmo de la movilización disminuyó y decayó el grado de inserción de las masas en la vida política del país; aquí apareció con toda su crudeza la tónica institucionalizadora que el PRM imprimió al país, sustentado en una visión estatista y semicorporativa de la relación entre el Estado y la sociedad mexicana.

Es indudable que el cardenismo implicó una profunda transformación cultural en el país, en tanto elevó al campesino y al indígena de una condición de parias a la de seres humanos, idéntica a la del resto de los integrantes de la sociedad; el igualitarismo cardenista fue un planteamiento avanzado pero sustentado en un universo político de pobladores rurales con una cultura tradicional y de trabajadores asalariados débiles estructuralmente, que tomaron difícil la conquista de la modernidad política. En ese sentido se puede considerar que tanto Cárdenas como Lombardo soslayaron la democracia occidental (mientras el primero buscaba evitarla para el país campesino que dirigía, el segundo la condenaba pues la veía como una cuestión "formal" y engañosa) y que el PRM, que se construyó sobre bases populares, terminaba por anularla en su interior; todo ello se trasladó a la postre a las mismas organizaciones corporativas de las que se originó. Así, ante la existencia formal de un credo democrático, se conformó un tipo de democracia mexicana que buscaba legitimarse señalando su especificidad; Cárdenas mismo señalaba: "...el colectivismo no está reñido con la democracia. No sólo eso, sino que en la propia organización colectivista se practican las reglas de la democracia".¹⁸ El dirigente del PRM, Heriberto Jara, señaló en una ocasión que su partido ya no era una "institución" del tipo de los partidos liberales tradicionales conformados por "una simple agrupación de hombres", sino que su organización y su funcionamiento obedecían a un "concepto de democracia" más acorde con la situación nacional.¹⁹

Esta democracia original no fue en realidad más que una cobertura ideológica para negar la verdadera práctica democrática;

...en el PRM, la única vida interna se desarrollaba en los órganos dirigentes, en los que los representantes de los sectores negociaban sus posiciones. Las bases populares carecían, por el contrario, de instancias de participación.²⁰

Lo anterior se fortaleció desde el momento en que el PRM asumió una dualidad de estructuras: una asentada sobre la tradicional adhesión individual y voluntaria, y la otra, que terminó por imponerse, una unión colectiva y a la postre forzosa, a través de corporaciones que encarnaron la vieja aspiración lombardista del organicismo. En realidad lo que sucedió fue que el partido popular que se había esbozado se conformó como un partido de corporaciones cuyas "unidades de base eran las organizaciones, mientras que los individuos resultaban elementos secundarios",²¹ lo cual resultó funesto para las bases populares que integraron las corporaciones, porque cuando éstas viraron en su contenido y filtraron la escasa o mucha participación democrática que habían tenido, se encontraron atadas al carro de un conjunto de instituciones que no preservaron normas democráticas mínimas.

¹⁸ Enrique Krauze, *Biografía del poder, número 8: Lázaro Cárdenas*, Fondo de Cultura Económica, p. 146.

¹⁹ Luis Javier Garrido, *op.cit.*, p. 365.

²⁰ *Ibidem*, p. 385.

²¹ Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*, ERA, Serie Popular, número 26, p. 148.

